



Kuasi volvió a la cabaña de Lokó, a la hora en que los bermejizos, pequeños murciélagos que tintinean desgranando un cristalino sonido de campanillas, se suspenden de una pata, cabeza abajo, de las ramas de los mangos.

- Paz, Lokó...
- Sólo paz...No me equivoqué, Kuasi, al contar hasta cuatro. Asiba te dará gemelos
- ¿ Muchachos, Lokó
- Muchachos, Kuasi. Eres feliz...

Ya que la suerte había sido generosa con Kuasi, el cazador no lo fue menos con el brujo que acababa de hacerle tan magnífica promesa.

Dos gemelos que, según la costumbre, se llamarían, como todos los mellizos del país, Zinsú, el primero, y Sagbó, el segundo.

Zinsú... Sagbó...

Asiba estaba radiante y orgullosísima de dar muy pronto dos hijos a la estirpe del jefe.

No era cuestión de poner en duda la palabra de Lokó. Un hechicero que conoce los secretos de la estepa nunca se equivocaba. Y lo que él ha dicho, dicho está...

Sin embargo, Asiba trajo al mundo un niño, un hermoso niño, pero uno solo. Y Kuasi, muy confuso, volvió a la choza del brujo para participarle la mala noticia.

Este hijo único había nacido un lunes y por ello tenía que llevar el nombre de Kadjó.

Kadjó...Kadjó;-masculló el brujo-. ¡ Ni se te ocurra, Kuasi ¡ Tu hijo es, como yo te dije, el primero de dos gemelos.

- Pero... balbució el cazador.
- ¡ Lo sé – atajó Lokó-. Tu mujer no ha tenido más que un muchacho. Pero llevará el nombre de Zinsú. Su mellizo ha nacido... o nacerá en otro sitio. Eso es todo...
- ¡ En otro sitio!
- En otro sitio he dicho...

Kuasi estaba desconcertado del todo.

- Sí en otro sitio y más tarde...-repitió el brujo-.

Son cosas que tú no puedes comprender, Kuasi. Ve en paz...Fíate de mi palabra... Deja obrar al tiempo y verás cómo, cuando llegue la hora, tu hijo encontrará a su gemelo... al que ni yo mismo conozco...

Y pasó el tiempo.

Zinsú era un niño muy hermoso que crecía fuerte y contento. Jugaba a revolcarse, completamente desnudo, en la arena caliente, delante de la choza de su padre, en compañía de dos grandes perros



que acompañaban a Kuasi en sus cacerías. Los animales hacían rodar al pequeño bajo sus patas, le lamían la cara para asearlo, como hacen los perros, y con voz ronca le hablaban al niño, que reía como un bendito y, balbuceando, parecía responder a sus amigos en su lengua.



Los pájaros venían a posarse en los árboles, cerca de la choza del jefe, y este curioso niño- cuya lengua, según decía su madre, todavía no se había soltado y que aún no hablaba- respondía al silbido del mirlo y, zureando, a las palomas verdes.

Cuando una bandada de patos silvestres o de grullas moñudas pasaba por el cielo, Zinsú, con los ojos puestos en las nubes y batiendo los brazos como un polluelo cuyas alas todavía no se han revestido de plumas, respondía a las aves que volaban muy alto y cuya voz era él el único en oír.

En la boca del pequeño, esto no eran sino balbuceos incomprensibles.

- Nu a Zinsú do on tun na... No sé que dice nuestro Zinsú, se lamentaba la madre.

Hasta los seis o siete años de edad, el muchacho no habló sino con los animales, y su lengua comenzó de verdad a soltarse el día en que empezó a ir a la escuela. En clase, dio enseguida muestras de una inteligencia vivísima. Pero qué distraído estaba...

Sólo sus compañeros sentados en el mismo banco que él reían, a hurtadillas, al descubrir por qué Zinsú prestaba poca atención a la lección de geografía del maestro, cuyo puntero descendía, deste Tombuctú y Niamey, a lo largo del curso del Níger, hasta el golfo de Guinea.

Zinsú había hecho señas a una ardilla que, fuera, sobre una rama, jugaba al escondite detrás de su cola en forma de plumero, y había llamado el animal en su propio lenguaje. La ardillas, tras haber saltado a la ventana de la escuela, había llegado de banco en banco hasta el de Zinsú. Ahora, teniendo al animalito acurrucado contra él, el muchacho le hablaba como a un hermanito salvaje.

Todo cuanto rodeaba a este niño era muy misterioso, excepto par Lokó el brujo, porque él. Él sabía...



A fuerza de hablar con todos los animales de la estepa, el pequeño Zonsú acabaría por encontrar alguna vez, y por reconocerlo, al gemelo de la predicción. Este gemelo podría ser una cría de las aves, del cocodrilo, de la tortuga... Un hijo de los chimpancés, del guepardo o del Kpo, la pantera.



René Guillot, El gran libro de la estepa.